

Valdés, Teresa y José Olavarría "Ser hombre en Santiago de Chile: a pesar de todo, un mismo modelo",

En Valdés, Teresa y José Olavarría (eds) (1998) *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. FLACSO, UNFPA. Santiago, Chile pp12-35.

SER HOMBRE EN SANTIAGO DE CHILE: A PESAR DE TODO, UN MISMO MODELO

Teresa Valdés

José Olavarría

Este trabajo presenta algunos resultados de la investigación "Construcción social de la masculinidad en Chile. Crisis del modelo tradicional"¹. Realizada sobre la base de relatos de vida, incluyó dos grandes ámbitos de estudio: por una parte, la construcción de identidades masculinas, y por otra, las relaciones de poder en el seno de la pareja, en especial en la sexualidad y la reproducción.

En el marco de esta Conferencia, se expone aquí aquellos resultados relativos a la construcción de identidades junto con aquellos elementos de las relaciones de pareja que abundan o contribuyen a la comprensión de esas identidades, entendidas como el sistema unitario de representaciones de sí, elaboradas a lo largo de la vida de las personas, a través de las cuales se reconocen a sí mismas y son reconocidas por los demás como individuos particulares y miembros de categorías sociales distintivas (Lagarde 1992).

Para la comprensión de estos resultados, es pertinente, sin embargo, resaltar algunas particularidades de la sociedad chilena. En primer lugar, su relativa homogeneidad cultural, en comparación con otros países de la región latinoamericana, como Perú y Colombia. También, la vigencia de ciertos modelos hegemónicos que son reproducidos cotidianamente desde las instituciones sociales y de transmisión cultural. Por otra parte, los diecisiete años de dictadura militar, que junto con reforzar el conservadurismo y los modelos identitarios basados en el honor y la patria, más allá de las consecuencias que tuvieron en los planos económico, político y cultural, en la vida cotidiana de todos los chilenos y chilenas, dejaron marcas importantes en la vivencia identitaria de muchos de los hombres entrevistados.

Otra particularidad a destacar es lo que podríamos llamar un "estilo cultural nacional" que mantiene una dualidad entre "discursos" que apuntan a modelos más bien tradicionales, y prácticas autónomas de esos mandatos. El material analizado procede de "discursos", obtenidos en situación de entrevista cara a cara, mediados, por tanto, por las estructuras sociales y las expectativas e idealizaciones que validan la propia experiencia. En consecuencia, lo que aquí se expone está situado en el ámbito del discurso y de la presentación de sí mismo y no expresa las prácticas de los entrevistados sino parcialmente.

¹ Esta investigación se llevó a cabo en la ciudad de Santiago, con hombres en tres etapas diferentes de vida y de dos sectores sociales: medio alto (profesionales universitarios, gerentes, empresarios) y bajo (obreros, servicios personales, trabajadores informales), todos ellos con hijos y casi todos emparejados en la actualidad.

Por otra parte, este "estilo nacional" tiende a ser introvertido, tímido, poco expresivo, temeroso de sobrepasar barreras de buena conducta. A ello se agrega que los varones chilenos no hablan regularmente de sí mismos y menos aún de temas que apuntan a dimensiones íntimas de su identidad. Incluso se percibe cierta falta de vocabulario y lenguaje para describir situaciones y emociones de la intimidad, especialmente entre los varones de sectores populares. Todo esto representó dificultades para la obtención de los testimonios, más allá de todas las garantías de anonimato y de reserva respecto de sus antecedentes personales.

Las entrevistas fueron realizadas por varones y ello se tradujo también en un desafío, por cuanto en algunos casos se apreció el temor a hablar de ciertos temas, tal vez de exponerse frente a otro hombre. A veces, los propios entrevistadores no se atrevieron a explorar con mayor profundidad para no herir sentimientos o traspasar tácitos acuerdos de respeto masculino (como, por ejemplo, hacer llorar a otro hombre).

Esta ponencia presenta, en primer lugar, la construcción social del "ser hombre" en su versión hegemónica, estereotipada y cómo los entrevistados se identifican y diferencian en relación con ella. En segundo lugar, describe las percepciones que los entrevistados tienen sobre la sexualidad y su importancia en la construcción de su identidad masculina. En tercer lugar, aborda la problemática del trabajo y cómo se relaciona con la imagen de ser hombre digno. Y finalmente, relata cómo el ser proveedor constituye la carga que el modelo hegemónico pone sobre sus hombros. En cada uno de estos temas se señalan las diferencias que se aprecian entre los entrevistados de sectores populares y de sectores medios altos.

"Ser hombre"

El análisis de los relatos permite apreciar que los varones entrevistados llegan a identificarse como tales a partir de ciertos mandatos sociales que conforman un modelo predominante en la sociedad, que se encarna y subjetiviza en los propios hombres. Ellos se reconocen pertenecientes a un campo identitario y a una comunidad genérica.

Esta forma predominante de ser hombre -y los mandatos que le dan sentido- son asumidos en primera persona -yo soy ...- y convertidos en verdades. En torno al significado de "ser hombre" se estructura un discurso plenamente internalizado, experimentado en su subjetividad, en sus vivencias, en el "sentirse hombre".

Como todo proceso de socialización temprana, aquellos elementos que orientan al niño a ser varón -en el ámbito de su familia y en su entorno social- no son conscientes para los entrevistados. Casi la totalidad de los varones siente que desde siempre han sido hombres, que tienen pene, que así nacieron y eso es suficiente, los

identifica y distingue de las mujeres. *"De partida, uno nació con el sexo hombre y bien puesto está, no me sobra ni me falta nada"* (Carlos, 56 años, popular).

No obstante, más allá de esta afirmación básica, a través del proceso de socialización fueron incorporando pautas sobre cómo se es hombre en la sociedad en que viven, y cuáles son los mandatos sociales que dan a sus vivencias, sentires y prácticas un sentido subjetivo que los identifica como varones.

Si bien, para los varones entrevistados, ser hombre tiene su origen en una característica biológica -tener pene- las pautas internalizadas les dicen que son incompletos, que la plenitud se logra en la adultez, luego del tránsito desde la infancia por un conjunto de experiencias o "pruebas". Un hombre en todo su sentido llega a serlo al cumplir ciertas etapas, al desarrollar ciertos atributos, al desempeñar ciertos roles. Todo ello en forma continua, a riesgo de dejar de encarnar la condición de hombre pleno (Gilmore 1994; Connell 1995; Fuller 1997).

¿Cuáles son los atributos de este modelo de "ser hombre" según los relatos registrados?

* Ser hombre es ser activo y da derechos. El hombre es la ley en su casa: su mujer e hijos le deben obediencia, es el jefe del hogar, el proveedor, el responsable de su familia y de quienes están a su cargo. *"El ser hombre te da derecho a tener mujeres, a compartir la vida..."* (Chucho, 27 años, popular); *"Trabajar, para mí, es lo más grande, porque así yo puedo lucrarme personalmente, puedo alimentar a mi familia, puedo aspirar a comprar o desarrollarme como padre. Me ha dado un montón de satisfacciones y más aún porque trabajo en forma independiente, eso es más encachado² todavía"* (Pancho, 27 años, popular).

* El hombre es un persona autónoma, libre, que trata de igual a igual a los otros hombres, que no debe disminuirse. Debe dar siempre la sensación de estar seguro, de saber lo que hace. *"Llevar los pantalones bien puestos, y bajo ninguna circunstancia depender de una mujer"* (Loco Soto, 69 años, popular).

* El varón debe ser fuerte, no tener miedo, no expresar sus emociones ni llorar, salvo en situaciones en que el hecho de hacerlo reafirma su hombría. *"Salir a afrontar las situaciones peligrosas, las situaciones difíciles de la casa, porque para eso fue hecho el hombre ... si hay peligro, yo soy el que tengo que estar al frente... para proteger a mi familia"* (Loco Soto, 69 años, popular); *"Es una persona capaz de afrontar muchas responsabilidades, de no quebrarse frente a los problemas, el respaldo último de la cuestión"* (Juan, 32 años, sector medio alto); *"El hombre que es capaz de llorar, eso también es de hombre, que es capaz de pensar que en esta vida hay errores..."* (Eugenio, 45 años, sector medio alto).

² Encachado: atractivo/a, elegante.

* El hombre es de la calle, del trabajo; ese es su lugar, le aburre la casa; la mujer es de la casa, no hace lo que es de responsabilidad de la mujer. La mujer complementa al hombre. También lo describen Gilmore (1994) y Fuller (1997) para el Mediterráneo y el Perú. *"Yo encuentro que trabajar es más rico que estar acá en la casa"* (Fabio, 25 años, popular); *"Para mí, trabajar significa hacer algo; la persona no puede estar sin hacer nada, el hombre no es de la casa es de la calle, del trabajo"* (Héctor, 29 años, popular).

* Los hombres son heterosexuales, les gustan las mujeres, las desean; deben conquistarlas para poseerlas y penetrarlas. La naturaleza del hombre, su animalidad, le señala que el deseo puede ser más fuerte que su voluntad. El hombre se empareja con una mujer, es padre y tiene familia. *"Me sentía más hombre, más líder, porque ya había tenido relaciones... porque ya podía comentar con mis amigos que había tenido relaciones sexuales"* (Ronni, 21 años, popular); *"El sexo significa saciarse uno, porque uno siente un deseo y tiene que saciarse con alguna mujer"* (Chucho, 27 años, popular); *"Lo sexual está en la naturaleza de uno. Yo tengo un 70 o 90 y tantos por ciento de animal y, por ende, la naturaleza sexual está presente en todo. Lo sexual es animalidad básicamente"* (David, 43 años, sector medio alto).

Todos los entrevistados aprendieron desde niños que ser hombre es importante, es una "gracia" que han recibido y deben sentirse orgullosos por ello, como lo ha señalado Marqués (1997). *"Haber sido hombre para mí significa algo grande, que me dio el Señor ... haber sido hombre, le doy gracias al Señor que me haya hecho hombre"* (Héctor, 29 años, popular). Los demás, especialmente quienes están bajo su autoridad o dominio, les hacen sentir que son importantes. *"Tú empiezas a valorizarte desde chico.. y así como va pasando el tiempo, te vas sintiendo más hombre"* (Chucho, 27 años, popular).

Más allá de estos atributos, el mandato hegemónico tiene un contenido moral muy significativo: ser hombre es ser recto, responsable, le obliga a comportarse correctamente. *"No ser mentiroso ni ladrón..."* (Mauricio, 32 años, sector medio alto). Es ser digno y solidario, especialmente con su familia, sus amigos y con los más débiles. Debe proteger a los niños, las mujeres y los ancianos -personas débiles-, especialmente a los que están bajo su dominio. El hombre empeña su palabra, la "palabra de hombre" y para demostrar que es de fiar debe sostener su palabra (Stern 1995). *"El tipo que está firme en sus valores, el que no cambia una cosa por conveniencia... que es firme en sus convicciones"* (Lisandro, 68 años, sector medio alto). Se trata de la "hombría", lo que es un verdadero hombre. *"Uno pasa a ser como la cabeza de la familia, del hogar, como el que de alguna manera va orientando, va guiando y se sacrifica; y lucha por ellos... es una enorme responsabilidad ser hombre"* (Hermano, 36 años, popular); *"Yo lo relaciono con ser caballero, ser noble"* (Franco, 41 años, sector medio alto); *"Los hombres son fieles, leales"* (David, 43 años, sector medio alto). No cumplir con estas pautas de conducta es ser "poco hombre".

Ser hombre de este modo lo hace digno frente a sí mismo y a los demás. Establece un tipo de convivencia, que emerge de un deber ser masculino y orienta las relaciones entre los varones y de éstos con las mujeres. Esta identidad se transforma en mandato ineludible, que organiza la vida y las prácticas de los hombres.

Pero hacerse hombre con estas características es un proceso difícil y doloroso, como ya lo describió Kaufman (1997); tiene cargas y responsabilidades que hay que asumir. Implica deberes, aunque también prerrogativas. De hecho, es un proceso continuo, nunca se completa como proceso. *"Ser hombre implica mucha limitación y mucha responsabilidad; si yo me quedo cesante en mi casa queda la 'cagada'³ me echan de la casa porque vivimos de mi sueldo..."* (Juan 32 años, sector medio alto); *"El hombre que no pasa tribulaciones, que no sabe lo que es pasar hambre, frío... no está capacitado para enfrentarse a las dificultades y las elude... para mí un compadre que elude... ese compadre no es hombre, porque le falta la parte de la responsabilidad"* (Carlos, 56 años, popular).

En sus relatos, después de un período de tránsito y pruebas, a partir de la infancia/adolescencia, los varones sintieron que eran hombres (adultos): habían conocido el sufrimiento; sentían, pensaban y hablaban como hombres; fueron aceptados por los otros hombres como iguales; les gustaban las mujeres y habían tenido sexo con ellas. La vida los había hecho responsables y relativamente autónomos; trabajaban, eran sexualmente activos, tenían una mujer como pareja, eran padres, se preocupaban por los otros, por la comunidad y trataban de servirla.

El ser hombre adulto es, por tanto, la etapa del ciclo de vida que define a las otras: la infancia "inocente"; la adolescencia como preparación; la adultez, el hombre en plenitud; la vejez con la experiencia y el deterioro. En cada una de estas etapas de la vida, hay pautas específicas que prescriben cómo ser hombre: hay una forma de ser varón cuando niño, adolescente, adulto y viejo.

Para lograr la adultez, el varón requiere de la aceptación por parte de interlocutores indispensables: los otros hombres y las mujeres. Ambos son referentes con los que se compara en su proceso de hacerse hombre; se constituyen en garantes de su masculinidad, permitiéndole definirse como varón.

Con la mujer, el varón construye la diferencia, y esa diferencia es constitutiva de su identidad; identidad que para algunos varones incluye una parte femenina. Asimismo, las mujeres son las que confirman su orientación heterosexual y sus capacidades en este campo. La sexualidad adquiere gran relevancia porque se traduce en identidad y prácticas.

Los otros hombres, especialmente los adultos, son el referente para igualarse e identificarse; ellos aprueban los desempeños y logros que acreditan que es un

³ Cagada: destrucción, desastre.

varón; con ellos compete. La competencia de un hombre es con otros hombres: compete por mayor poder, prestigio, fuerza, inteligencia y, especialmente, por las mujeres. Competir con una mujer es rebajarse, afecta a su dignidad de varón porque, por definición, es una inferior.

Los varones entrevistados se ven tensionados por estas pautas internalizadas y sus propias vivencias. De alguna manera están siempre comparándose con ese modelo de hombre. Se sienten distintos a lo que estas pautas prescriben, pero de todos modos, las pautas señaladas constituyen su referente, han estructurado su identidad en torno a ellas. El modelo dominante y sus mandatos está presente en todos y las diferencias se establecen a partir de él.

Los entrevistados, cualquiera sea su edad o sector social, comparten el discurso sobre las características de esta masculinidad dominante, pero, entre los varones de sectores populares hay un mayor énfasis en el hombre en tanto autoridad del hogar, jefe del hogar; en sus atributos de proveedor y en la heterosexualidad (heterosexismo) de la masculinidad. En los sectores medios altos, en cambio, se otorga mayor fuerza al hecho que el varón es activo, desafía a su medio, trata de conquistarlo y tener éxito; aquí se da algún realce a los componentes femeninos de la masculinidad y a una heterosexualidad más permisiva hacia otras orientaciones sexuales.

No obstante, en los sectores populares, especialmente en los adultos jóvenes, la confrontación de sus vivencias el sentir subjetivo de sus prácticas con las pautas internalizadas y los mandatos que les presionan -desde él mismo y del entorno social en que vive-, los lleva a percibir demandas que no pueden cumplir y expectativas que no alcanzan. Pero, pese a las profundas diferencias que se observan entre los mandatos sociales y las condiciones de su vida concreta, no se desestructuran. Por el contrario, sus vidas tienen sentido; sienten que cumplen con esos mandatos, dentro de las posibilidades que les dan sus recursos y tratan de construir una masculinidad digna, respetable.

Los varones de sectores populares no consideran que la identidad masculina dominante esté en crisis. No cuestionan las formas de ser hombre con las que se identifican, ni los mandatos sociales que emergen del modelo hegemónico de masculinidad. Sólo perciben conflictos en algunos ámbitos específicos, especialmente los referidos al trabajo y sus consecuencias en la vida de pareja.

A diferencia de esto, en los sectores medios altos, los varones entrevistados, hacen un cuestionamiento discursivo del modelo dominante de masculinidad. Ellos expresan un sentimiento de dolorosa aceptación de mandatos que los obligan a asumir comportamientos que quisieran modificar, pero no pueden. Algunos, particularmente los adultos jóvenes desean participar más de la paternidad, tener más cercanía con sus hijos, poder "ejercerla". También cuestionan el hecho que los

modelos aprendidos no les permiten ser más expansivos en sus sentimientos, alegrías, dolores, sin que ello menoscabe su masculinidad.

Se interrogan estos varones de sectores medios altos sobre algunas obligaciones que los mandatos les imponen y afirman que tanto hombres como mujeres son iguales, en particular en las capacidades relativas al ámbito laboral y las obligaciones que de allí se desprenden. Si hombres y mujeres son iguales, ¿porqué los varones tiene que obligarse a ser los proveedores? ¿Por qué ellas no pueden serlo y asumen esa carga?

La sexualidad: placer y poder

En las entrevistas, la sexualidad y especialmente las vivencias sexuales fueron temas de conversación que incomodaron a la mayoría de los consultados; toca aspectos de su intimidad, entendida como un plano protegido de sus vivencias; y de alguna manera quedaban desprotegidos al exponer sus capacidades y falencias ante un tercero, también varón.

En el caso de los varones de sectores populares existe, además, un problema de lenguaje. Hay un lenguaje vulgar de la sexualidad, que al hombre popular le produce vergüenza comentar con un tercero, a no ser que sea un conocido. Es un tema del que se habla poco y faltan palabras adecuadas. La precariedad de palabras, el desconocimiento de un lenguaje que exprese de manera más válida lo que han vivenciado, es una de las cuestiones que queda en evidencia. Hay una escasez de conceptos y expresiones verbales para hablar sobre la sexualidad sin caer en lo vulgar. La sexualidad más bien se vive, como lo han descrito Palma y Quilodrán (1994).

No obstante, en sus relatos los entrevistados revelan que la sexualidad es un componente esencial de su identidad masculina. *"Yo me sentí hombre, sólo por el hecho de hacer el amor con una mujer y eyacular, así como lo hice en ese momento. Para mí fue una experiencia en ese momento la más grande que tuve en mi vida"* (Chucho, 27 años, popular). Desde niños aprendieron y escucharon que los hombres son heterosexuales, que les gustan las mujeres, así lo han internalizado y así lo sienten. Al llegar a la pubertad, confirmaron que eran heterosexuales, por lo tanto que eran hombres, deseaban a las mujeres, deseaban penetrarlas, eran "normales". Se sintieron fuera del peligro de desear a otros hombres.⁴ *"Yo nací hombre, pero... pienso que cuando tuve mi primer contacto con una mujer me di cuenta de que las mujeres están hechas para el hombre"* (Yayo, 25 años, popular); *"Estando en la universidad, cuando quise tener una niña, sentía que me seducía,*

⁴ Claramente, se establece como límite de la masculinidad la homosexualidad, mencionado por N. Fuller la homosexualidad y el ser penetrado constituyen situaciones abyectas para los varones.

ahí me dí cuenta que era una cosa plenamente sexual, yo caché⁵ que era hombre y ella era mujer" (Wally, 40 años, sector medio alto).

La socialización en la sexualidad fue un proceso contradictorio. Por un lado estuvo su despertar al deseo sexual, los cambios que experimentó en su cuerpo y por otro, la interpretación que hizo de su sexualidad, asociada al deseo y al placer, "el instinto animal". En los primeros momentos esta fue una vivencia solitaria, nadie le anticipó ni le ayudó a interpretar lo que le sucedía. Ni su núcleo familiar, ni el colegio le enseñaron a interpretarlo o lo interpretaron como pecaminoso. No hubo aprendizaje, salvo el de la omisión. Los padres, en contadas ocasiones, y el colegio le enseñaron de la biología del cuerpo, la genitalidad, pero no del deseo y el placer que es lo que a él más le preocupaba y requería. Esto sucedía mientras vivía con su familia e iba al colegio. *"Yo creo que fue una polución nocturna. Me asusté. Porque no sabía si me había hecho pichí en la cama, pero no era eso, desperté asustado, y... las sábanas..(risas). En mi familia no se dieron cuenta."* (Keko, 25 años, popular); *"Sentí que se me había abierto un ámbito oculto, no conocido por el resto"* (José, años, sector medio alto); *"Una cosa de susto y vergüenza y de querer ocultar"* (Wally, 40 años, sector medio alto).

La ausencia del padre, especialmente en los sectores populares, o la presencia de padres pasivos asexuados o de una madre asexuada (sola y sin pareja), que no hablaban de la sexualidad masculina, del deseo y el placer, ni mostraban vivencias de la sexualidad de su vida en pareja, resultó para los varones coherente con la indiferencia ante su despertar sexual como hombres. A los ojos de ellos, el deseo y el placer eran prácticamente inexistentes en sus padres/madre, lo habían invisibilizado casi totalmente. *"Mis padres nunca me explicaron nada, bueno yo nunca tampoco les pregunté nada. No"* (Chano, 22 años, popular).

Entre los varones populares, esta madre asexuada es la misma mujer admirada por casi todos ellos, que muchas veces sacó adelante el hogar, pese a la ausencia, violencia y/o alcoholismo del padre o conviviente.

Los varones de sectores medios altos fueron informados por los padres algo más que los populares sobre su biología y la reproducción, pero en general, tampoco lo hicieron. Sin embargo, el mensaje transmitido fue que el deseo y el placer del varón no correspondían al ámbito de la familia -estaban dentro de lo repudiable, vulgar, lo pecaminoso-, sino al espacio de la calle. *"Mi padre ni siquiera me enseñó temas de higiene básicos relacionados con la sexualidad, me entiendes. Nada, nada"* (Mauricio, 32 años, sector medio alto).

Los padres o madre sola, reafirmaron en el niño/adolescente las interpretaciones que sobre la sexualidad y su cuerpo aprendió de la calle. Corroboraron los mandatos que orientan la relación con las mujeres. Estas pautas dividen el mundo de las mujeres entre aquéllas a las que se ama y protege -la mujer propia (esposa,

⁵ Cachar: darse cuenta, entender, comprender.

pareja)- y las otras, que son objeto de su conquista, para poseerlas, gozarlas y dejarlas sin comprometerse.

El hombre, con las primeras hace el amor, con las segundas tiene sexo. Distingue entre amor y sexo como ámbitos diferentes en la relación de hombres y mujeres; el hombre da amor a la pareja estable, a la ocasional, sexo; para las primeras las reglas de la "caballerosidad", para las segundas el ejercicio del poder, la "maldad". Para el hombre, amor y sexo son vivencias distintas.

El varón, cuando se empareja y tiene hijos envejece y ya no tiene deseos ni actividad sexual. Para el hombre que vive en pareja (casado/conviviente) y aún desea una mujer, el goce y el placer, tener sexo, tiene lugar fuera del hogar, con otras mujeres; aquéllas que se poseen haciendo uso del poder que tiene el varón. Algunos aprendieron que un hombre puede forzar a una mujer a tener sexo cuando está en el ámbito de su dominio (empleada doméstica o dependiente); y también, que con dinero pueden tanto comprar sexo a una mujer, como obligar a tenerlo a una ex conviviente. "Aprendí lo que es la afectividad también, o sea el afecto sexual, lo que es el amor y lo que es el deseo, lo que es hacer el amor y lo que es tener una relación sexual, que es totalmente distinto. Porque cuando uno hace el amor ama a la persona con la que está en la cama, y la respeta, en cambio una relación sexual se puede tener con cualquiera y lo único que interesa ahí es satisfacerse, desahogarse" (Alex, 24 años, popular); "Bueno, después convencí a la M. de que tener relaciones era una cosa de pareja, o sea, la convencí, pero con amenazas, que si no tenía relaciones conmigo, yo iba a tener con otra mujer, así que si andábamos "pololeando"⁶, era mejor que pasara entre los dos a que pasara con otra" (Roni, 21 años, popular).

Los padres de varones populares tomaron razón de la sexualidad de los hijos varones cuando éste embarazó a su pareja; embarazo bastante cercano al inicio de la sexualidad activa, en varios de ellos, especialmente en los entrevistados más jóvenes. Los padres de varones de sectores medios altos, en general, no se dieron por aludidos.

El colegio y, en el caso de algunos varones populares, los hogares de menores fueron también espacios asexuados; desconocían y/o no querían reconocer la sexualidad de sus alumnos varones y reafirmaron que el deseo y el placer de los hombres, corresponde a lo prohibido, pecaminoso (colegios católicos tradicionales), oculto, vulgar; no digno de ser presentado y enseñado. "Aprendí solo, o sea, con el tiempo y con los momentos que se tienen, porque a mí en ningún momento en el colegio me dijeron: el sexo es esto o esto otro. Y yo con, mis viejos, tampoco nunca tuve una conversación" (Guido, 26 años, popular); "Incluso había un oficial que nos veía y decía que al matrimonio había que llegar virgen, era muy religioso, y ... revisaban las sábanas, que no estuvieran mojadas. Bueno de hecho al acostarse

⁶ Pololeando: con una nueva relación afectiva, de novios.

había un rito, teníamos que dormir en la posición 'mausser', una mano sobre el hombro y la otra afuera, la mano izquierda. Pero, pese a eso tenía un compañero que yo sentía en la noche, llegaba a saltar, le daba como caja a la cuestión y me hacía reír mucho" (Franco, 41 años, sector medio alto).

A los varones populares más jóvenes, el colegio sólo les enseñó que los hombres son lo que su genitalidad, el pene representa y su función en la reproducción. En el caso de los varones populares mayores, el colegio ni siquiera mencionó la genitalidad. Para los varones de sectores medios altos que estudiaron en colegios católicos, la sexualidad, el goce y el placer -fuese con el autoerotismo (masturbación) o con relaciones sexuales prematrimoniales- eran pecaminosos. El que se masturbara debía ir al confesionario, ofendían a Dios y a su cuerpo. "En el colegio, en un contexto de religión, donde masturbarse era pecado mortal... para comulgar había que confesarse de eso, yo diría que uno se confesaba una vez a la semana, de haber hecho cosas malas: 'no debes hacer eso' y bla, bla, bla, el Padre Nuestro" (Pablo, 46 años, sector medio alto).

Con ello los niños/adolescentes reafirmaron que el mundo del deseo, de la sexualidad masculina, estaba en la calle fuera de la familia y el colegio, que correspondía a un espacio del poder, donde ellos podían y debían ejercerlo. "¿Dónde aprendí de sexualidad? O sea, por lo que conversaba con los chiquillos no más, con los amigos conversábamos, pero aprender, aprender, no. O sea, nació solo" (Calo, 21 años, popular); "Yo de sexo no he sabido mucho, y lo que yo he aprendido de sexo lo he aprendido en la calle" (Andrés, 26 años, popular); "Yo no recuerdo que alguien me lo haya explicado, sino que fui deduciendo respecto de conversaciones; más que de conversaciones de bromas, de anécdotas, de tallas⁷, o la cosa de doble sentido. Con el tiempo fui uniendo cosas" (José, 30 años, sector medio alto).

Sin lugar a dudas, los pares y los grupos de amigos son los agentes más recordados y con quienes tuvieron las vivencias más profundas en la formación de sus identidades heterosexuales y en la iniciación de su sexualidad masculina, tal como sucede en Perú y Argentina (Fuller 1997; Villa 1996). Las conversaciones, los juegos y las fiestas; las revistas están entre las situaciones más mencionadas. "Aprendí como uno aprende las primeras cosas, son las que has escuchado de tus compañeros de curso, que en vez de tener doce años tienen catorce, y que lo leyeron probablemente en El Pingüino, después en libros y en revistas" (Alberto, 46 años, sector medio alto). Entre los varones más jóvenes se señaló además, las películas en video; entre algunos mayores, las prostitutas, y las empleadas domésticas, entre varones de sectores medios altos. "Total que nos entusiasmamos, el otro cabro estaba más entusiasmado que yo y fuimos los tres a una casa de prostitutas, ahí yo creo que tuve la primera experiencia sexual. La tipa que me tocó a mí me ayudó, así que no fue tan difícil, y la verdad pude saber cómo se hacía, me

⁷ Talla; broma.

sentía más seguro, porque sabía cómo era el asunto" (Hermano, 39 años, popular). Este conjunto de actores y situaciones, que transcurren fuera del hogar, forman la calle. El varón aprendió a interpretar su cuerpo de varón (Sharim y Silva 1996) y a identificarse como tal en la calle, con los amigos y los espacios que allí disponía.

Las explicaciones que dan los entrevistados a las vivencias de su sexualidad dicen relación con lo que llaman "el instinto", la "animalidad". El varón despertó al deseo y lo sintió como una necesidad imperiosa, que no le abandonó.

Sus interpretaciones señalan que él es un hombre, que los hombres son animales y como tales tienen deseo, "instinto": el deseo de los hombres es poseer una mujer y penetrarla, así se asegura la reproducción de la especie. El deseo se acumula en el varón, es como un ciclo; en un momento se va acrecentando y llega un punto tal en que debe vaciarse en una mujer. El deseo es más fuerte que la voluntad del varón y muchas veces, si no puede vaciarlo, éste lo supera y aparece la animalidad, la irracionalidad. La animalidad es el origen del deseo y su consecuencia; lleva al hombre a descontrolarse. Por ello, el varón debe tratar de dominar al deseo para no ser presa de él; debe dominar su animalidad. La parte del cuerpo que concentra el deseo es el pene, que tiene vida propia, y no necesariamente responde a la voluntad del varón. "Cuando veía a alguien que me gustaba, y empezaba a... (se mira la zona genital).. a encabritarse 'el niño'. Se entusiasmaba. Entonces, ahí empecé a darme cuenta y ahí, sabiendo por qué" (Guido, 26 años, popular).

En este punto el varón se ve enfrentado a la encrucijada clásica: o su voluntad domina al cuerpo, al deseo ("el instinto"), o se transforma en un animal, y además peca. Ese es un punto de tensión permanente del hombre, que se da con distinta intensidad, como ha sido analizado por Monick (1994). Es particularmente difícil de vivir para los entrevistados de sectores medios altos. "El shock que se me produce en la adolescencia cuando un cura me encara oficialmente en el colegio y me dice 'bueno, la masturbación es un pecado y, en consecuencia, ahí está el confesionario'" (Juan Pablo, 38 años, medio alto).

La conciencia de su sexualidad (heterosexual) y la interpretación que tienen de ella es reafirmada en sus vivencias iniciales de deseo y de la sensación placentera que ello provoca en los primeros "pololeos"⁸ y el contacto físico con la "polola", alguna amiga o vecina, entre los varones más jóvenes. Con ellas, empleadas domésticas o prostitutas, entre los mayores. "Yo cacho que la primera vez que anduve con una mujer, la primera vez que agarré a una mujer a besos y esa onda, como que ahí empecé a sentir. Claro, al estar con ella, tenía que darle paso no más, que saliera no más, no dejarla ahí encerrada... que saliera no más" (Coto, 28 años, popular). Los mandatos internalizados le dicen al varón que el hombre es el activo y penetrador; la mujer es pasiva y penetrada. Para el hombre, la mujer es su objeto de

⁸ Pololeo: relación afectiva y relativamente formal, sin mayores compromisos
⁹ Polola: persona con la que tiene una relación de pololeo.

conquista, posesión y a veces de competencia con otros varones. El mundo de las mujeres es un campo a ser dominado, donde debe ejercer el poder que le da el hecho de ser varón. "Lo que se trataba con el grupo estaba más bien vinculado a la onda de la conquista, a la cosa de ser capaz de conquistar, de ir a una fiesta, de hacerte de una pareja para atracar¹⁰ en la fiesta, o tener una relación de una semana" (Jonás, 33 años, sector medio alto); "Había empleadas a las que les gustaban ciertos juegos, entonces uno sentía algo especial. Recuerdo que había una empleada a la que le gustaban ciertos juegos" (Lisandro, 68 años, sector medio alto).

Pero esta forma de comprender el mundo, de la cual los entrevistados se sienten partícipes, y con el que en mayor o menor medida se identifican, comenzó a entrar en crisis cuando establecieron un lazo amoroso con una mujer. El pololeo removió sus mundos, confundió la clara distinción entre amor y deseo y la división del mundo de la sexualidad y de las mujeres. No fue tan claro, a partir de ese momento, que amor y sexo fuesen espacios distintos; al contrario, a medida que crecieron, los varones descubrieron que amor y sexo podían ser inseparables, integraron el mundo de los afectos y del deseo, al menos con su pareja. Los hombres pueden amar y tener sexo con la mujer amada. Aprendió que el varón en la relación amorosa pone en juego sus sentimientos, aprende a conversar con la mujer amada, a intimar. "Un recuerdo bonito es con una niña que se llamaba G. con ella tuve hartos recuerdos bonitos, lo pasábamos bien, eso sería lo más bonito. Sí, estaba enamorado" (Fabio, 25 años, popular); "Mi polola era para darle besitos y tocarla, y las demás mujeres, como la vecina del frente, para hacerles la maldad.... Y con mi polola, yo sentía deseos de hacer el amor con ella, pero era algo sucio, no podía hacerle eso a mi polola. Y mi polola se aburría y fue donde otro pololo y ese otro 'huevón'¹¹ la hizo zumbiar. Ahí me di cuenta que no era sucio, que era algo que tenía que existir, porque según yo el sexo es importantísimo en la pareja. Aprendí que tener sexo y hacer el amor son cosas totalmente diferentes" (Ronni, 21 años).

El pololeo es una vivencia en la que el varón pone especial énfasis para que sea una relación digna, honorable y respetuosa con la mujer. El varón siente que debe proteger a su polola de terceros que pudieran ofenderla, porque él es un caballero, que debe respetar a la mujer amada, y a las mujeres en general.

El pololeo y el inicio de la sexualidad activa fueron momentos de socialización del varón. Aprendió a comportarse y supo qué se espera de él como hombre. Este proceso le permitió afirmar su identidad masculina, darle sentido a su vida afectiva y sexual futura y a relacionarse con los otros. "Yo, cuando me di cuenta que amaba a mi señora, polola en ese momento, fui capaz por ese amor, no sólo de comprometerme a casarme, sino de terminar una serie de cosas que tenía que terminar. Sentí que me hacía hombre" (Mauricio, 32 años, sector medio alto).

¹⁰ Atracar: acariciarse, abrazarse, estrecharse, besarse, sin llegar a la penetración.
¹¹ Huevón: apelativo despectivo hacia otro hombre.

El *pololeo* fue un aprendizaje para la futura vida en pareja, la convivencia y la formación de una familia. "Después del servicio militar volví pensando en empezar a trabajar, *pololear un par de veces más y ahí, más o menos de las últimas pololas, sacar un modelo y buscar esa mujer. Claro, para asentarme ya. Salí como muy serio de adentro. Después me "pegué la cachá"*¹² y dije "la cagué"¹³, que la cagué en casarme temprano" (Maly, 28 años, popular).

Pero, para el hombre no es suficiente la experiencia del amor/sexo con la propia pareja para que deje de existir el deseo de posesión de otras mujeres. Su interpretación del deseo le señala su animalidad, el cuerpo se lo pide. La dicotomía ahora es amor/sexo en la pareja y sexo con las otras mujeres. El nuevo dilema se llama fidelidad. "He tenido parejas ocasionales, porque para mí lo sexual es muy fuerte; tengo pocas insuficiencias desde el punto de vista afectivo, casi ninguna, en cambio desde el punto de vista sexual yo no creo que pudiera ser completamente monógamo, independiente de la mujer con que esté casado" (Pablo, 46 años, sector medio alto).

Quizás una de las etapas más importantes en la sexualidad de los entrevistados fue su primera relación sexual y el comienzo de su vida sexual activa, como lo comprueba en Perú Norma Fuller (1997). Con la primera relación sexual, los varones, de alguna manera, cumplieron con el rito de iniciación que prescribe el mandato: ahora eran hombres; entraron al mundo de los hombres (adultos), capaces de atraer a las mujeres; aclararon las dudas sobre la propia sexualidad; vivenciaron el placer con una mujer, la penetraron; varios gozaron, no todos. "Claro que fue un cambio, en el sentido de que ya podía entrar al círculo de los cacheros¹⁴ como le decían. Ahí ya entraba al círculo. En términos de hombría era más que los otros" (Carlos, 56 años, popular); "Una satisfacción de cómo quien dice 'deber cumplido'; o sea, pasé una etapa, una satisfacción en ese sentido de poder decir 'ya, lo hice, me saqué el pillo', 'ya sé cómo es la cuestión y para que sirve' y poder decir 'ya soy hombre' o 'soy grande', en ese sentido, sí, una satisfacción" (Juan Pablo, 38 años, sector medio alto).

Los hombres, con el inicio de la relación amorosa y de la sexualidad activa, reafirmaron su identidad de varones, respondieron a los mandatos que les indican cuándo los hombres "son hombres".

Al iniciarse en la sexualidad activa, la atención del varón estuvo puesta en la satisfacción del deseo y no se planteó las consecuencias que su sexualidad podía tener en la pareja, y en él. No utilizaron ninguna protección: "No, tú sabes que en ese momento, uno no se acuerda de esas cosas, le echa para adelante no más. No sé qué pasó después, porque no la vi más. En estos casos las cosas se dan así, o sea,

¹² Pegarse la cachá: comprender.

¹³ La cagué: la embarré.

¹⁴ Cacheros: los que tienen relaciones sexuales.

las ganas vienen y uno lo hace no más, esa 'huevá'¹⁵ tú no la controlas" (Polo, 21 años, popular).

Junto con la interpretación de su cuerpo y su deseo, los hombres dieron cuenta de una explicación, una teoría de sentido común sobre el cuerpo y los deseos de la mujer. Ella ayuda a entender cómo los hombres traspasan la responsabilidad de las consecuencias de su sexualidad a la mujer.

Para estos varones, en las mujeres el deseo nace del amor a diferencia de los hombres, cuyo deseo nace de su animalidad: ellas tienen relaciones sexuales con el hombre que aman. El varón tiene que enamorar a la mujer para que ella quiera tener sexo con él, sea a través de un sentimiento genuino o engañándola; en caso contrario tiene que violentarla, violarla. La mujer, cuando se enamora se entrega, se deja conquistar y poseer. El es el activo y toma la iniciativa, la mujer es pasiva y responde al requerimiento del varón. "Habitualmente tomo yo la iniciativa, en el sentido de que siempre yo ando como... como que tengo la necesidad puntual de satisfacción. Soy el más acelerado. Ella, rara vez, pero sí, en ciertas oportunidades sí, pero soy yo más" (Pancho, 27 años, popular); "Bueno, la mayoría de las veces yo. Ella, las menos de las veces" (Clark, 42 años, sector medio alto).

La mujer que ama a un varón (esposa; conviviente; amante; polola; mujer engañada, pero enamorada) sólo tiene sexo con él; por lo tanto, no tiene enfermedades sexuales, no es portadora de enfermedades de transmisión sexual (ETS), salvo que él las tenga y la haya contagiado.

La mujer es la que se embaraza, el cuerpo de ella es el que anida, ella conoce su cuerpo y su ciclo menstrual, ella sabe cuándo puede quedar embarazada. La mujer está advertida de que el deseo es irrefrenable en el hombre. Por eso mantiene a distancia a los hombres que no ama, los otros hombres, y regula la sexualidad con el amado: en qué momento tener relaciones sexuales y con qué frecuencia. La mujer puede anticipar cuándo va a tener relaciones sexuales, por lo tanto, los varones esperan que ella se cuide de un posible embarazo. La mujer es la responsable del embarazo. "De hecho, nunca he usado preservativo. Yo siempre he pensado que ellas tienen el control de ese punto" (David, 43 años, sector medio alto); "Yo no hago nada, ella lo hace, ella está con tratamiento" (Charly, 48 años, popular).

Las otras mujeres, aquellas cuyo deseo no nace del amor, son enfermas, tienen "alma de puta" -mujeres fáciles- o son putas. Tienen relaciones sexuales con cualquier hombre. De ellas el varón tiene que desconfiar y cuidarse de contraer una ETS. De los posibles embarazos se deben cuidar ellas; aunque hay casos en que pueden tratar de perjudicar al varón adjudicándoles el embarazo.

Por ello, una de las consecuencias más graves de esta sexualidad aprendida fundamentalmente en la calle, fue la falta de precauciones para iniciarse y mantener

¹⁵ Huevá: cosa.

relaciones sexuales. Los jóvenes varones eran conscientes de las posibles consecuencias de su actividad sexual. Pese a que la posibilidad del embarazo estaba presente en el aprendizaje, y que las enfermedades de transmisión sexual no eran un secreto, prácticamente ningún varón usó de anticonceptivos y/o preservativos. Sólo después de iniciada la vida sexual comenzaron a pensar en tomar precauciones, pero no se transformaron en prácticas -en ellos como varones-, sino en transferir esas responsabilidades a la mujer; ella era la que se tenía que hacer cargo de las consecuencias de su sexualidad. *"En ese momento no, no nos preocupamos de nada. ... Después nos preocupamos de eso, eso sí, pero no pasó susto, no creas, no sé si habrá estado en su fecha, qué sé yo, porque ella tiene su período que yo no lo entiendo mucho, pero ella sí"* (Guido, 26 años, popular).

Entre los varones populares, en general, poco después de la primera relación sexual establecieron vida sexual activa. En promedio, a cuatro años de iniciada ésta tuvieron el primer hijo los menores de 30 años y a seis el conjunto de ellos. En ese momento comenzaron a convivir con una mujer, que en muchos casos fue la madre de ese hijo. *"Empezamos a pololear cuando ella vino para acá. Antes, prácticamente por carta y por teléfono también. Fueron como dos o tres meses. Después ella se vino para acá. Pololeamos como un año, yo cacho. Ella quedó esperando y yo no la iba a dejar botada, tenía que hacerme responsable"* (Yayo, 26 años, popular).

No tenían proyecto de formar una familia en ese momento, no lo habían pensado como una cuestión tan próxima, pero igual se hicieron cargo de la situación, no del embarazo de la mujer, pero sí del niño/a que nació como consecuencia del embarazo. Eran hombres y tenían que actuar como tales, por lo tanto, se emparejaron y comenzaron a convivir con su pareja. Pese a la edad que tenían, la falta de un oficio, la precariedad de su trabajo y la inexistencia de ahorros, fueron a vivir con su pareja embarazada, muchos viviendo allegados en casa de algún familiar. Una proporción importante de los jóvenes entrevistados sigue viviendo como allegados.

Otros hombres populares, que mantuvieron relaciones sexuales ocasionales no supieron y/o no quisieron saber de posibles embarazos; ése no era su problema, era de la mujer; ella debía cuidarse y asumir las consecuencias. Según los relatos, a algunos de ellos les señalan hijos que ellos no reconocen. *"No, ocasional, ocasional, en ningún momento se planificó, fue ocasional. No me cuidé. No, y ahí uno no tiene mucha conciencia de lo que puede ser un problema de orden sanitario. ¿Si me preocupé del embarazo? No, para nada"* (Pancho, 27 años).

Entre los varones de sectores medios altos, desde su primera relación sexual hasta que tienen su primer hijo pasan -en promedio- doce años, tres veces más que en el caso de los hombres populares jóvenes, y dos veces más que en el conjunto de ellos. La actividad sexual de los varones de sectores medios se inicia -en promedio- un año después que la de los populares, pero su intensidad es mucho menor. Muchos

de ellos inician la vida sexual activa una vez que comienzan a convivir con su pareja, en su mayoría con matrimonio legal. Y en promedio, sólo cuatro años después de que se casan tienen su primer hijo. Al momento de iniciar la convivencia estos varones eran profesionales, tenían trabajo estable y, con su pareja, habían decidido constituir una familia y casarse.

El trabajo, eje de la identidad masculina hegemónica

El trabajo es una de las actividades fundantes de la identidad masculina en el modelo en que fueron socializados los entrevistados, constituye el núcleo de su respetabilidad social. *"Uno está estudiando y no tiene preocupación de nada. Al entrar a trabajar uno tiene la responsabilidad de vestirse, de dar plata en la casa, en ese momento uno viene siendo hombre"* (Charly, 48 años, popular).

Para estos varones, el trabajo hace al hombre y el hombre es del trabajo. Con el trabajo, el hombre crea, genera riqueza, hace obras, se realiza, se siente vivo. El hombre debe trabajar, es su obligación; cuando trabaja es una persona activa. Le hace sentir orgulloso, respetable, del mismo modo que en Perú (Fuller 1997). Su mujer, sus hijos y los otros adultos le respetan porque trabaja. Es humillante para el varón que otro trabaje por él, por ejemplo, que lo haga su mujer. *"Esa es la obligación de un hombre, trabajar, para sustentar a su familia, y lo hago con gusto, porque tiene que ser así"* (Cano, 36 años, popular); *"Es la esencia de un hombre, algo que le estructura la vida y, además, una responsabilidad con la familia"* (Pablo, 46 años, sector medio alto); *"Creo que es lo más importante que hay es fundamental el trabajo en la vida, a diferencia de lo sentimental, es algo como permanente"* (Lisandro, 68 años, sector medio alto).

Al mismo tiempo, señalan que al varón le gusta trabajar, le da seguridad; que si no lo hace, se aburre, no sabe qué hacer. El trabajo le da prestigio, poder y autoridad, permite que su opinión sea como la ley; le permite tener dinero y el poder que da el dinero; le permite ser proveedor, cumplir con sus responsabilidades de varón con la familia y decidir sobre su vida y la de los suyos. Con el trabajo surgen él y su familia; puede servir a los otros, ser útil. *"Me gusta, me gusta trabajar. No me gusta levantarme temprano que es distinto, pero me gusta trabajar (risas)"* (Keko, 25 años, popular); *"El trabajo es independencia, entretención, autonomía. Sirve para mantener a la familia"* (Clark, 42 años, sector medio alto).

El trabajo exige sufrimiento, cuesta, crea obligaciones y establece jerarquías entre los varones y entre éstos y las mujeres. *"Es una responsabilidad ineludible, algo que se da de hecho. Algo que tengo que tratar de cuidar"* (Cochecho, 56 años, popular); *"Significa sacrificarse hartito, darse cuenta de lo que cuesta ganarse la plata, darse cuenta también de lo que cuesta alimentar a una familia, ahora que estoy casado"* (Chano, 22 años, popular); *"Es una carga dura cuando no gusta, pero igual hay que hacerlo"* (Eugenio, 45 años, sector medio alto).

El trabajo es una actividad de la calle, propia del varón. *"Es una forma de no aburrirse, es algo que le llena la vida. No sé, cuando no estoy trabajando, no es por pose, pero me aburro mucho en la casa"* (José, 30 años, sector medio alto).

El trabajo es el medio a través del cual los varones consiguen la aceptación, el reconocimiento social a su capacidad de producir, de generar los recursos materiales que garanticen la existencia de su familia y que le otorgan seguridad y autonomía. El mundo laboral pasa a ser, entonces, un espacio en el cual ellos deben tener un lugar. No cumplir esta meta significa no estar a la altura de ser hombre, por lo tanto, es indignidad, decepción, fracaso. *"Es una responsabilidad, una obligación del varón que se debe asumir como sea. Significa una obligación para uno, para mantener el hogar"* (Felo, 52 años, popular); *"Para mí el trabajo significa estar vivo. Tengo una motivación muy fuerte de hacerlo bien. Yo trabajo por plata, por poder y qué sé yo"* (Mauricio, 32 años, sector medio alto).

Los mandatos en torno al trabajo, presentes en la masculinidad dominante, también son compartidos por los varones entrevistados, cualquiera sea su edad o condición social; pero en este ámbito hay diferencias notables entre los hombres de sectores populares y los de nivel medio alto.

Los hombres de sectores populares enfatizan que el trabajo les permite cumplir con las responsabilidades hacia la familia, el mandato de ser los proveedores. El recurso económico de que disponen es su fuerza de trabajo; su venta les posibilita cumplir con los mandatos de su masculinidad. Ellos no tienen otros recursos. *"Cuando dejé de estudiar y empecé a pensar un poco mejor, empecé a trabajar. Empecé a trabajar y un poco a surgir en la vida porque ahora, en estos momentos, el que se queda, no surge nunca. Como está ahora la vida, es un poco pesado... (...) a los 20 empecé a trabajar estable"* (Lucio, 29 años, popular).

En cambio para los varones del sector medio alto, el trabajo es principalmente una actividad lúdica, les permite probarse, es una fuente para crear y crearse. A través del trabajo se realizan. Adquieren prestigio, riquezas y poder. Estos varones están altamente profesionalizados, en general disponen de ahorros y son requeridos en el mercado. *"Trabajar, para mí, está vinculado al sustento, eso es como lo más básico, y después viene una cosa lúdica, más de recreo, más entretención, de investigar"* (Wally, 40 años, sector medio alto).

Las vivencias de los varones de sectores populares están lejos de las pautas en las que han sido socializados. Este es uno de los aspectos que mayor conflicto genera en su identidad. En los mayores el mandato fue trabajar porque su familia necesitaba su aporte para sobrevivir. Estos hombres no tuvieron la oportunidad de elegir entre seguir estudiando o trabajar. Debieron trabajar, así lo sentían, y así les fue exigido por la familia. Según los jóvenes en cambio, pese a la precariedad de sus hogares, su inicio en el trabajo no nació de una exigencia explícita; fue, en gran

medida una opción. Es decir, internalizaron esa necesidad o responsabilidad frente a la familia sin percibir presiones directas. Los padres o la madre sin conviviente, en general los incentivaron a seguir estudiando, aunque no eran indiferentes a los ingresos que les aportaban. *"El primer trabajo fue el de vendedor, atendiendo gente. Empecé por necesidad de mi familia, porque a mi mamá no le alcanzaba. (...) Pero, o sea, fue una presión que yo mismo me hice, no que mi mamá me obligara, porque ella nunca me obligó a trabajar"* (Yayo, 26 años, popular).

En la práctica, para la mayoría de los varones de sectores populares, acceder a un trabajo que les permita cumplir con el conjunto de las exigencias de jefes de hogar, está fuera de su alcance. En la medida en que el trabajo dignifica y da respetabilidad, poder y autoridad ante los suyos y terceros, el no tenerlo -o tenerlo precariamente- les afecta profundamente en su identidad, los humilla. En este sentido, estos varones viven en un mundo social que no les permite cumplir con los preceptos básicos de la masculinidad hegemónica. *"Sí, he estado sin trabajo, es que estos trabajos son temporales, todo se tiene que acabar, si construyes algo, se acaba y ¿qué más vas a hacerle? Buscar otra pega¹⁶. Me he sentido mal, obvio que si no trabajas, ¡no tienes plata!, entonces hay que buscar otro de nuevo"* (Claudio, 26 años, popular); *"La plata no alcanza de repente y uno tiene que estar buscando otros métodos para tapar el hoyito que falta"* (Felo, 52 años, popular).

El mundo social de estos varones no les abre oportunidades de trabajo que les permitan responder a las demandas que tienen como hombres, a los mandatos sociales; sus redes sociales son escasas, lo mismo que su pertenencia a grupos que vayan más allá del ámbito de su población. Para algunos, el principal recurso disponible es la propia familia y allí buscan estabilidad en un trabajo. Esta situación se da con mayor rigor entre los jóvenes populares, que difícilmente logran acceder a puestos de trabajo estables. Los varones mayores han logrado cierta estabilidad al ejercer un oficio, en general en la construcción, comercio, en servicios menores públicos y privados, o en algunas manualidades que requieren capacitación y experiencia. *"Trabajo con mi tío, él es el contratista, nos repartimos la naranja mitad y mitad"* (Ronni, 21 años, popular); *"Ahora soy auxiliar de servicios menores. Ni me gusta, ni me disgusta, me da lo mismo, ya a mi edad lo único que yo deseo es que en la casa no falte nada, que no falte lo esencial"* (Loco Soto, 69 años, popular).

Uno de los efectos más profundos de la precariedad del trabajo sobre estos varones es que sienten que la vida los sobrepasa, y en algunos casos los pasa a llevar. Son vidas sin proyecto, salvo la satisfacción de las necesidades básicas de la familia. Los jóvenes esperan y eligen entre precariedades, sólo algunos intentan la autonomía que da el trabajo a través de iniciativas personales y de un trabajo independiente en un oficio y/o comercio. *"Siempre he tenido esa fe, que Dios me va a dar una mano y que voy a dejar de sufrir de estar sirviendo para que otros gocen"*

¹⁶ Pega: trabajo.

a costilla mía, porque acá, nosotros lo que ganamos es una miseria de sueldo y toda la gente tiene conciencia que uno vive ni a medias. Yo he trabajado en muchas partes" (Pelao, 44 años, popular).

Los entrevistados de sectores medios altos se incorporaron al mundo del trabajo siendo adultos, cuando ya tenían una profesión, en general, universitaria. Primero estudiaron y luego trabajaron. Desde la infancia lo tenían claro y así se lo habían hecho ver sus padres y profesores. El mandato les decía que los varones debían tener una profesión. Algunos tuvieron aprendizajes previos, pero sin abandonar sus estudios. La profesión les permitió un ingreso rápido a un trabajo que, a lo menos, mantuvo el nivel de vida de sus hogares de origen. *"No es lo que más plenamente me motiva, pero es lo que me da mayor estabilidad en la cosa económica"* (Wally, 40 años, sector medio alto).

Ellos no sienten, en general, que lograr un trabajo sea una limitación. El trabajo se puede autogenerar, ellos crean sus trabajos, definen sus condiciones y en muchos casos sus remuneraciones. El trabajo está íntimamente relacionado con su profesión, y ésta es demandada en el mercado, bien remunerada y apreciada por quienes los contratan. Ellos son gerentes, consultores, artistas, pequeños y medianos empresarios de actividades altamente calificadas, profesores universitarios, asesores de organismos gubernamentales. No tienen problemas para conseguir trabajo, sino todo lo contrario. *"Personalmente he logrado trabajar en lo que a mí me gusta, me satisface, no me cansa, no me aburre, por así decirlo. Al contrario puedo hasta excederme, me produce satisfacción"* (David, 43 años, sector medio alto).

Por lo tanto, ellos pueden hacer frente a las responsabilidades familiares y a todo lo que requiere recursos económicos para su realización. Les preocupa más su autorealización y el prestigio que les otorga el trabajo. También, las obligaciones que tienen como varones con terceros, sus empleados, su público, los intereses del país o de la empresa. *"Me pusieron ahí, cuando la empresa forma este grupo a nivel mundial, y me nominaron, yo creo que porque tenía aptitudes, y después me he ido manteniendo y desarrollando y me ha ido bien. Me gusta mucho, yo diría que es el período en que estoy más realizado desde el punto de vista profesional"* (Pablo, 46 años, sector medio alto).

Quedarse sin trabajo, cesantes, es para todos los varones entrevistados una experiencia desesperante: sienten que pierden su autoridad, poder y prestigio; les quiebra el ámbito que les estructura la existencia, les genera inseguridad. Subjetivamente son hombres humillados. Les afecta fuertemente su autoestima. Sin trabajo son hombres manchados (Stern 1995), que han perdido dignidad.

Los entrevistados populares conocen la cesantía; han quedado cesantes en diversos momentos de su vida; entre los jóvenes es una situación cotidiana. Pese a lo doloroso, se acostumbran a ello. Estos hombres, al perder el trabajo sienten que no son respetados, que los pasan a llevar y que pierden su poder. Subjetivamente,

pierden sus atributos principales: ser importantes, responsables de los suyos y relativamente autónomos. Dejan de ser respetados por su familia, que es el espacio donde mandan y son jefes de hogar. Se sienten limitados, no pueden ejercer su dominio. Esta situación los lleva hacer cosas que nunca pensaron, entre éstas, recurrir a otros, a familiares y a la propia mujer, para obtener lo que deberían haber hecho por sí solos. *"Me siento como atrapado en un callejón sin salida"* (Yayo, 26 años, popular); *"Me desespero, me da rabia porque no tengo para mis vicios (cigarrillo)"* (Charly, 48 años, popular).

Para los entrevistados de sectores medios altos la pérdida del trabajo, más que una pérdida económica que pueda afectar su condición de proveedores -para lo cual tienen defensas y recursos profesionales, ahorros y redes de apoyo- les genera una crisis personal. En esta perspectiva, los sentimientos y significados que destacan están más relacionados consigo mismos, con la carencia de un ámbito que los realice, les eleve la autoestima y les permite ser valorados socialmente. La pérdida del trabajo les produce depresión por no sentirse dignos, pierden energía vital, se sienten discapacitados; les genera inseguridad, dudas acerca de sus capacidades; incertidumbre; frustración de que les digan "usted no sirve". Pero son pocos los que tienen la experiencia de quedar cesantes. Varios quedaron o pudieron quedar sin trabajo de una vez. Otros trabajan en forma independiente, son consultores, asesores y la pérdida de trabajo es relativa. *"Me urge, pero en la coyuntura, pero no me cuestiona en absoluto mi capacidad"* (Mauricio, 32 años, sector medio alto); *"Cuando no tengo trabajo me preocupo, pero afortunadamente nunca me he quedado sin reservas. Yo tengo una situación económica que me permite siempre estar al día"* (Juan Pablo, 38 años, sector medio alto).

El caso extremo es el de un oficial de Ejército que no conoce la cesantía, que nunca se ha imaginado sin trabajo. Lo suyo es una carrera segura, de por vida. En este ámbito, nunca está en juego este aspecto de su identidad masculina, salvo que lo den de baja.

Para los varones populares, el mundo del trabajo es un espacio independiente de su voluntad. Es un campo sobre el cual no tienen dominio, no depende de ellos. No son actores capaces de definir sus condiciones de vida laboral. Por el contrario, están supeditados a lo que se les ofrezca y a aceptar las condiciones que pongan los proveedores (patrones, jefes, empresas). Ni siquiera están seguros de poder mantener un trabajo, lo pierden pese a que estiman que trabajaron responsablemente y cumplieron con lo pactado. La arbitrariedad del jefe, empresa o patrón les puede hacer perder el trabajo. En este sentido, su masculinidad es menoscabada por otros hombres.

No sucede así a los varones de sectores medios altos. El trabajo es parte de su dominio, ellos lo generan y controlan. Sienten que definen sus vidas y las de su familia, y las proyectan al futuro; algunos sienten lo mismo con sus empresas y/o con el país. Lo público forma parte de sus trabajos y preocupaciones, les afecta y

tienen la capacidad de intervenir de diversas maneras. Para ello cuentan con redes fuertes de varones (ex alumnos, ex compañeros, redes familiares, partidos políticos, clubes privados, asociaciones de bien público, entre otras), que les permiten conocer de oportunidades, información, establecer contacto y conocimiento de aquello que sea de su interés. Ellos definen su futuro, tienen futuro, son actores que construyen sus vidas.

Sin embargo, pese a las condiciones más o menos precarias de sus trabajos, los varones populares sienten que cumplen con los mandatos sociales de su identidad de varones. Son responsables de sus familias; son los proveedores principales, si no los únicos; ellos son importantes, se les valoriza en sus hogares; se sacrifican por los suyos y los protegen, sienten que, a pesar de todo, progresan con sus familias. Cuando están cesantes, buscan otro trabajo; normalmente están viendo si pueden obtener un trabajo mejor; si tienen que recurrir a una familiar no se sienten menospreciados. Todo esto lo hacen con dignidad. Son hombres dignos, respetables y respetados, incluso los que cayeron en la drogadependencia. Ellos ejercen, en este sentido, una masculinidad digna. *"Sí, sí, estuve como 4 meses sin pega. No hallaba qué hacer, estaba desesperado, es que a mí me gusta trabajar, no me siento bien conmigo mismo cuando no trabajo, a mí me gusta trabajar, me encanta trabajar. Lo que hice fue buscar pega como chino. Ahí me metí a una pega y me estafaron, puros dramas no más, fueron cuatro meses dramáticos, pero gracias a Dios estaban mis amigos, para eso están los amigos, para salvarme"* (Polo, 21 años).

De este modo, pese a la precariedad de sus condiciones de vida y trabajo, su masculinidad no está cuestionada en los varones populares. Para ellos no está en crisis su identidad de varones, ni los mandatos sociales internalizados. Por el contrario, han adaptado esos mandatos a las condiciones en las que pueden asumirlos. Subjetivamente no se cuestionan los mandatos, sino las condiciones en las se pueden llevar a cabo. *"Teniendo trabajo yo soy feliz, esa responsabilidad la tiene que tener uno y me siento tranquilo, más relajado"* (Charly, 48 años, popular).

No sucede lo mismo con los varones de sectores medios altos. Ellos cuestionan por un lado esta masculinidad que los obliga a ser los proveedores y que les impide el desarrollo en otros ámbitos de su vida, pero a la vez destacan que las relaciones que establecen en el ámbito del trabajo, a partir de esta masculinidad dominante, les permiten estar en las posiciones de dominio social, aunque de ello no necesariamente sean conscientes. *"Es algo angustiante, una necesidad, una carga. No me puedo enfermar, no me puedo dar ese lujo, no puedo hacer locuras. No quisiera lamentarme de eso, porque realmente yo lo hago con el mejor gusto, lo hago por mis hijos. Creo que me permite proyectarme como persona, tener mejor acceso a las cosas, viajar, pasarlo bien, y en ese sentido no lo veo tan malo, pero es una carga y es duro, porque uno sabe que no puede fallar. Eso es lo más angustiante. Pero, por el resto, yo creo que es bueno poder ganar plata y disfrutar de eso. Tiene su lado positivo"* (Juan Pablo, 38 años, sector medio alto).

Ser proveedor, la carga del modelo

El sentimiento de ser el proveedor de la familia, el jefe del hogar, aquél que debe generar los recursos para la subsistencia de su núcleo familiar, está fuertemente internalizado en los entrevistados, cualquiera sea su edad y condición social, más allá de los cuestionamientos o contradicciones que ello les provoque. *"Es una responsabilidad ineludible. Es una responsabilidad grande, el sustento, la casa no camina si yo no trabajo"* (Koke, 32 años, popular); *"Es una pesada e injusta responsabilidad cultural que la familia no reconoce. Una responsabilidad, un peso"* (Alberto, 46 años, sector medio alto).

Los hombres manifiestan que ellos son los responsables de proveer. Su fundamento está en el hecho de ser padres y jefes de hogar, que hay otros que dependen de ellos, a quienes deben responder. Este planteamiento tiene más fuerza entre los varones populares y también entre aquéllos cuya pareja no trabaja remuneradamente.

El varón es el proveedor de la familia, es una responsabilidad ineludible que le obliga y le permite orientar y tomar las decisiones más importantes de la familia. *"Para mí significa algo satisfactorio, porque a veces uno hace cierto paréntesis y dice oye esta familia se mueve, se alimenta, esta familia, crece, esta familia se prepara en la parte educación, a raíz de que yo genero recursos, o en la casa se pueden comprar cosas porque yo realmente soy el que genera los recursos"* (Pancho, 27 años, popular).

Aprendieron de sus padres que el padre debe estar en el trabajo y la madre en la casa. Ser proveedor de la familia es ser importante, y se debe sentir orgulloso de ello. Es una responsabilidad con los hijos. *"Es mi responsabilidad no más. La responsabilidad asumida desde que me casé, olvidémonos de que la mujer trabaje, o sea, yo lo veo desde el concepto de mis papás. Mi papá trabajaba, mi mamá en la casa. Yo no digo que ella se quede en la casa, si por mí, ojalá y ganara más que yo, que ella se sintiera bien con lo que haga, pero no me interesa si está o no está en la casa, no me interesa, soy yo el que tiene que llevar la plata"* (Maly, 28 años, popular).

Ser proveedor es un sacrificio, una responsabilidad que limita y obliga a quien la asume porque no puede fallar. Los entrevistados se sienten presionados por su familia y por los demás para que cumpla con su responsabilidad. *"Es una responsabilidad con los hijos, una carga, algo a lo que se siente presionado; me agota, me siento agotado, .. siento que tengo una mujer que me chupa energía"* (Wally, 40 años, sector medio alto).

Entre los varones de sectores medio alto y populares mayores, ser proveedor es una tarea que se puede compartir con la mujer, aunque la mujer sólo aportará la diferencia; el aporte principal viene de ellos. *"Es una responsabilidad que se puede compartir con la pareja. Es fundamental mi trabajo en la mantención de la familia,*

lo que gana mi mujer sería como secundario para el mantenimiento de la familia" (Clark, 42 años, sector medio alto); "Es una responsabilidad, una necesidad que depende del hombre. La pareja puede colaborar" (Charly, 48 años, popular).

Cuando el varón no puede proveer, se siente impotente, se desespera. "No puedo hacer nada. Me siento pésimo" (Eugenio, 45 años, sector medio alto); "Si me quedo sin plata para los motivos personales míos, me da lo mismo. Pero si es para la casa ¡chuta!, ahí me desespero por no poder cumplir" (Loco Soto, 69 años, popular).

Para terminar

Son numerosas las dimensiones que no han sido abordadas en este texto. Sin embargo, los ejes presentados nos permiten concluir que el modelo hegemónico de "ser hombre" tiene una fuerza poderosa entre los varones de Santiago, independientemente de su condición social. Otorga sentido y estructura las prácticas cotidianas, habita el imaginario de todos los entrevistados, en la adolescencia y juventud, pero también en la adultez.

A través de diversos mecanismos se instala y reproduce -de generación en generación-, apoyado en los modelos paterno y materno y con un refuerzo cotidiano en los espacios homosociales a lo largo de su vida.

La pareja y la familia, en estos tiempos de precariedad, incertidumbre y pérdida de los sentidos colectivos, pasan a constituir espacios de validación, de dignidad -al menos en los discursos- en especial en los sectores populares. Todavía allí pueden ejercer autoridad. Y cuando no pueden, la crisis es muy significativa.

Sin duda, no es lo mismo intentar "ser hombre" entre los jóvenes de sectores populares que entre los jóvenes o mayores de sectores medios altos. Las certezas del modelo hegemónico estructuran más la vida a nivel popular y generan mayores oportunidades de frustración por sus condiciones de vida. Para ellos, hay una falta de recursos, pero no un cuestionamiento de los mandatos.

Las crisis de los entrevistados de sectores medios, en cambio, se sitúan más bien en el cansancio que provoca el ejercicio de algunos de los roles tradicionales por parte de ellos y de las mujeres. En algunos aspectos hay dolor. Esto, en el ámbito de las relaciones de pareja y en la familia. Se sienten atrapados en una máquina más amplia que no controlan, cuando están habituados a dirigir y decidir sobre sus vidas.

No obstante, no fue posible percibir un cuestionamiento integral a este modelo hegemónico, ni a sus principales mandatos sociales. Tampoco se halló propuestas alternativas de maneras de vivir las masculinidades.

REFERENCIAS

- Connell, R.W. (1995) *Masculinities*, University of California Press, Berkeley. Fuller, Norma (1997) *Identidades Masculinas. Varones de clase media en el Perú*, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Gilmore, David (1994) *Hacerse Hombre. Construcciones culturales de la masculinidad*, Paidós, Barcelona.
- Kaufman, Michael (1997) "Las Experiencias Contradictorias del Poder entre los Hombres", en Valdés, T. y J. Olavarría (eds) *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres N°24 Isis Internacional/FLACSO, Santiago.
- Lagarde, Marcela (1992) "Identidad de Género", Cuadernos de Trabajo, Cenzontle, Nicaragua.
- Marqués, J.V. (1997) "Varón y patriarcado", en Valdés, T. y J. Olavarría (eds), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres N°24, Isis Internacional/ FLACSO, Santiago.
- Monick, Eugene (1994) *Phallos. Símbolo sagrado de la masculinidad*, Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile.
- Palma, I. y P. Quilodrán (1994) "Opciones Masculinas: jóvenes ante el embarazo", en Albertina de Oliveira (org) *Direitos Tardios. Saúde, sexualidade e reprodução na America Latina*, Editora 34-Fundación Carlos Chagas/PRODIR, Sao Paulo.
- Sharim, Dariela y U. Silva (1996) *Los Discursos Contradictorios de la Sexualidad*, SUR, Santiago.
- Stern, S. (1995) *The Secret History of gender. Women, men and power in late colonial Mexico*, The University of North Carolina Press, U.S.A.
- Villa, Alejandro (1996) *Subjetividad y Salud Reproductiva: Un estudio sobre las perspectivas de los hombres de poblaciones urbanas de extrema pobreza*, Prodir-Fundación Carlos Chagas, Sao Paulo.